



## DISCURSO

DEL SEÑOR DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA, HUMANIDADES  
I BELLAS ARTES DON DIEGO BARROS ARANA



EXCMO. SEÑOR,

Señoras i señores:

Hace poco mas de un siglo, un escritor frances, que gozó en su época de una gran popularidad, terminaba una estensa i fatigosa *Historia filosófica i política de los establecimientos europeos en las dos Indias* con ciertas "reflexiones sobre el bien i el mal que el descubrimiento del Nuevo Mundo ha causado a la Europa." Queriendo que este asunto fuese el objeto de estudios especiales i mas detenidos, procuró tambien que una academia de provincia ofreciera un premio a la mejor memoria que se le presentase sobre este tema: "El descubrimiento de la América ¿ha sido perjudicial o útil al jénero humano?"

Mas de cincuenta escritores concurrieron al certámen (1). Era un tiempo en que las cuestiones de esta clase, dando materia para declamaciones filosóficas, i para el desarrollo de paradojas sociológicas o históricas, despertaban vivo interes, i atraian a muchos literatos.

(1) El abate Guillermo Tomas Raynal publicó en 1780 la edicion definitiva de la historia de la dos Indias que lleva su nombre, obra de escaso valor histórico, insuficiente en sus noticias i falta de un serio estudio del asunto, pero llena de declamaciones políticas i filosóficas preparadas por varios escritores, i algunas de las cuales son verdaderamente elocuentes. El crédito i la circulacion que alcanzó este libro en esa época, forman el mas completo contraste con el desden i el olvido en que ha caído en nuestros días.

De paso por Lyon, en 1783, el abate Raynal presentó a la academia de esa provincia la suma de 1,200 francos para que ofreciese un premio a la mejor memoria que se escribiese sobre el tema que indicamos en el testo. El certámen se abrió en cuatro períodos diferentes, porque si bien desde el principio se presentaron algunas memorias, ninguna de ellas fué considerada digna del premio. El número total de memorias presentadas a esos certámenes, pasa de cincuenta; pero los jurados no las consideraron merecedoras de ese honor. Los trastornos consiguientes a la revolucion, impidieron que volviese a abrirse el certámen.

En 1790 se publicó en Paris un pequeño opúsculo en que estan referidos estos antecedentes, bajo este titulo: *Coup d'oeil sur les quatre concours qui ont eu lieu á l'Academie de Lyon pour le prix offert par M. l'abbé Raynal sur la découverte de l'Amerique.*

Cuatro de las memorias presentadas a la academia de Lyon, han visto la luz pública. Se estima la mejor de ellas la que lleva este titulo: *Discours sur les avantages ou les desavantages qui résultent pour l'Europe de la découverte de l'Amerique*, par M. P\*\*\*, vice consul en E\*\*\*, opúsculo de 68 pájinas, cuyo autor fué el marques de Chastellux, escritor i jeneral frances que habia servido con lucimiento i en un alto rango militar a la causa de la independenciam de los Estados Unidos. Este escrito, que ha merecido el aplauso de algunos literatos, sostiene que el descubrimiento de la América ha producido las mas grandes ventajas a la felicidad i a la civilizacion del mundo.

En nuestra época, ese tema no hallaría seguramente un escritor que quisiera dilucidarlo ni aun por simple juego de ingenio. La importancia trascendental del gran acontecimiento cuyo cuarto centenario celebramos hoy, los inmensos beneficios que ha reportado a la humanidad, así en el orden moral como en el orden material, son hechos que no necesitan discutirse. Si no es posible recordar sin dolor los horrores de la conquista, los sufrimientos inauditos i la casi completa estincion de toda una raza de hombres, la historia no puede dejar de señalar el descubrimiento del Nuevo Mundo como el factor inicial de una renovacion en el dominio de las ciencias i en el desenvolvimiento del progreso humano. La contemplacion de un espacioso continente, en que todo era nuevo para los descubridores, i en que a cada paso hallaban una infinidad de objetos nuevos que estimulaban la reflexion, les impuso la necesidad imperiosa de observar la naturaleza en todas sus manifestaciones. Sin duda, el mayor número de aquellos hombres no estaba preparado para ese jénero de trabajos. No era posible tampoco que desde el primer momento se dieran, aun los mas aventajados, cuenta cabal de lo que veian. Pero es lo cierto que ántes de terminar el primer siglo, habian señalado todos o casi todos los hechos en que podía ejercitarse la observacion científica sobre los variados dominios de la jeografía del Nuevo Mundo (1).

(1) Este espíritu de observacion de la naturaleza, que se impuso como una necesidad a los primeros descubridores o pobladores europeos del Nuevo Mundo, se manifiesta en las cartas de Colon con caracteres tales que han llamado justamente la atencion de todos los naturalistas que han estudiado esa correspondencia. El *Sumario de la*

Ese descubrimiento, el mas grande i el mas trascendental que haya hecho el hombre, fué el punto de partida del sorprendente desarrollo que tomaron simultáneamente la física terrestre, el arte de navegar, la astronomía matemática, todas las ciencias físicas, i la antropología, comprendiendo en ella no solo el estudio de las razas humanas, sino el de sus lenguas tan variadas i complejas. Debe tambien recordarse que ese descubrimiento es el principio de la era de los grandes viajes, que comunicando al hombre un impulso vigoroso de expansion, lo ha llevado a todos los puntos de la tierra, que ha dilatado la civilizacion por medio de la industria i del comercio, que ha puesto en contacto a todos los pueblos, que ha estrechado sus relaciones i sus intereses, i que tiende a formar una sola familia de la humanidad entera. Mas que por el tiempo en que se verificó, por

*natural i jeneral historia de las Indias* que publicó en Toledo en 1526 el cronista Gonzalo Fernandez de Oviedo, i mas notablemente la primera parte de su *Historia natural i jeneral de las Indias* que publicó en Sevilla en 1535, son prueba evidente del desarrollo que habia tomado ese mismo espíritu. Pero el libro del padre José de Acosta, *Historia natural i moral de las Indias*, publicado en Sevilla en 1590, que aunque varias veces reimpresso (la última edicion es de 1792) es ménos conocido que la obra de Oviedo, va mucho mas léjos todavía que todos sus predecesores, i toca con abundancia de noticias i con un notable criterio de observacion, casi todos los puntos de la ciencia que hoi se llama física del globo. En los trabajos que se siguieron durante cerca de dos siglos, se nota mucho ménos interes por esa clase de estudios, i lo que es mas lamentable, mucho ménos discernimiento. Aun podria decirse que es preciso llegar a las *Noticias americanas* de don Antonio de Ulloa, publicada en Madrid en 1792, para hallar en la literatura española referente a América, una obra que, con relacion al progreso científico de cada época, tenga un mérito análogo al del libro del padre Acosta.

su acción en el desenvolvimiento del espíritu humano, el descubrimiento de la América marca el principio de la edad moderna.

Los contemporáneos de aquel gran acontecimiento lo saludaron con un arranque de admiración i de aplauso. «Estaba reservado a nuestro tiempo, decía lleno de satisfacción uno de los más insignes eruditos de su siglo (Pedro Mártir de Anghiera), el ser testigo de un descubrimiento que deja atrás cuanto hicieron los antiguos, el ver acrecentarse de esta manera la extensión de nuestras concepciones, i el ver aparecer en el horizonte tantas cosas nuevas.» Sin embargo, ni ellos, ni los mismos actores que ejecutaron esos prodigios, pudieron comprender toda la importancia que tenían, i mucho menos prever las extraordinarias consecuencias que debían producir. Colón i sus compañeros, así como todos sus contemporáneos, creían que solo se había hallado un camino más corto para llegar a la China i al Japon, i que las regiones recién descubiertas eran las costas de esos grandes imperios que habían descrito los viajeros de la edad media.

Los brillantes sucesos de la conquista vinieron luego a oscurecer en cierto modo las maravillas del descubrimiento. Las hazañas militares produjeron en el ánimo de los hombres más admiración que las concepciones del genio. Las primeras relaciones daban a las aventuras guerreras más importancia que a la elaboración del pensamiento que había preparado esa era de prodigios. Las habilidades de Becerrillo, el perro de guerra de Ponce de León, i las de su hijo Leoncico, el perro de Vasco Nuñez de Balboa, ocupan en algunos de los antiguos

cronistas el espacio que habrían necesitado para transmitirnos noticias de otro orden que nos ayudasen a explicarnos el génesis del descubrimiento.

Este descubrimiento no es la obra de la casualidad o de una aventura irreflexiva. La historia, por un deber de justicia hacia la venerable memoria del insigne navegante que lo llevó a cabo, i para suministrar una enseñanza provechosa, ha debido estudiar al traves de los siglos, la evolucion de las ideas, de las convicciones científicas i de las esperanzas que, acrecentando insensiblemente el poder del hombre, le permitieron combinar i ejecutar una empresa que parecia superior a la intelijencia humana. Dos escritores que fueron contemporáneos de Colon, que conocieron perfectamente sus proyectos i las doctrinas i antecedentes en que se fundaban, su propio hijo don Fernando i Bartolomé de las Casas, abrieron el camino a este orden de provechosas investigaciones. «Debiendo ahora, dice el primero, esponer las causas que movieron a mi padre al descubrimiento de las Indias, digo que fueron tres: los fundamentos naturales, la autoridad de los escritores i los indicios de los navegantes.»

Lo que don Fernando Colon llamaba «fundamentos naturales», era la nocion científica que los filósofos griegos, rechazando hipótesis que pugnaban con la razon, llegaron a formarse de la figura del globo que habitamos. Aceptada la teoria pitagórica de la esfericidad de la Tierra, espuesta i defendida mas tarde por Aristóteles con una admirable claridad, no se necesitó un grande esfuerzo de injenio para entrever la posibilidad de una navegacion desde la estremidad de la Europa i del África hasta las costas occidentales del Asia. «La Tierra

no solo es redonda sino que es ménos grande de lo que jeneralmente se cree, decia el ilustre filósofo; i el mar que baña el litoral al otro lado de las columnas de Hércules (el estrecho de Jibraltar) baña tambien las costas de la India.ii

El célebre jeógrafo Estrabon, que escribia tres siglos mas tarde, esplicaba con toda certidumbre que la mayor estension de tierras en nuestro globo se dilata de oriente a poniente, i forma en torno de él una especie de círculo, «de tal manera, dice, que se podría ir por mar desde la Iberia hasta la India siguiendo siempre el mismo paralelo, si no fuese la inmensidad del Atlántico que representa el complemento de ese círculo.» Séneca creia que ese viaje era la obra de pocos dias si se contaba con viento favorable. Las dificultades que oponia la inmensidad del océano, eran, sin embargo, inabordables para los navegantes antiguos que no conocieron la brújula ni muchos otros instrumentos de marear; pero los jeómetras, los jeógrafos, los filósofos i hasta los poetas aceptaron i sostuvieron esas doctrinas.

Las tinieblas de la edad media eclipsaron por algunos siglos las conquistas científicas de los griegos. La esfericidad de la Tierra, la existencia de los antípodas i la habitabilidad de las diversas zonas del globo, fueron condenadas como teorías contrarias a la tradicion relijiosa i a la sana razon. Pero la ciencia recobró al fin sus derechos. Los escritos cosmográficos de los árabes, fundados sobre las doctrinas de los griegos, vuelven a iluminar los espíritus. Desde el siglo XIII aparecen los destellos de una nueva luz científica en jeografía, que el interes despertado por las relaciones de viajes recientes

a países lejanos, contribuye a alimentar. Uno tras otro vienen hombres superiores que en lucha abierta contra el oscurantismo de esa época, fueron preparando la evolución intelectual que había de inaugurar la era de los grandes descubrimientos del siglo XV. La historia ha señalado muchas veces las cartas en que Pablo Toscanelli, el insigne astrónomo de Florencia, trazaba a Colon el camino que debía seguir para llegar a las Indias. Pero hai otro testimonio mucho ménos recordado que demuestra con igual evidencia que ese orden de ideas se había difundido entre los espíritus mas avanzados de su época. Luigi Pulci, poeta florentino, i probablemente amigo i discípulo de Toscanelli, diez años ántes del viaje de Colon, i con una seguridad científica que parece adelantarse un siglo a lo ménos a las ideas jenerales de sus contemporáneos, demuestra por boca de uno de los personajes sobrenaturales de su poema, que era una invencion absurda de la antigüedad la que suponía que las columnas de Hércules habían sido levantadas como límite puesto a las empresas de los hombres. Es el demonio Astarot el que habla en estos términos:

«Debes saber que esa opinion es vana;  
Irás mucho mas léjos el que quiera;  
La superficie de la mar es plana,  
Aunque formen las tierras una esfera:  
Si la ignorancia de la raza humana  
Creyó en tiempo pasado que aquel era  
El límite del mundo, hoi arrogantes,  
Pasaran mas allá los navegantes.

«Se puede penetrar a otro hemisferio  
Porque hácia el centro todo sér gravita:  
I a la tierra, por obra de un misterio,

Solo el espacio la tiene circunscrita.  
 Hai mas allá ciudades i otro imperio  
 I otra raza de jentes que lo habita:  
 Contempla el soll se afana en su carrera,  
 Sabe que en otros pueblos se le espera (1).»

Tales eran, señores, las ideas cosmográficas que profesaban los hombres mas adelantados del siglo XV. Esas ideas, irreprochables en el fondo, por cuanto tenían por base la noción exacta de la esfericidad de la Tierra, descansaban tambien en dos errores que pueden llamarse de detalle, sustentados por los sabios i filósofos mas profundos, esto es en la estension imaginaria que daban al Asia i en la pequeñez que asignaban a nuestro globo (2).

(1) Luigi Pulci, *Morgante Maggiore*, Florencia, 1482, canto XXV, estancias 229 i 230. Hé aquí el testo italiano:

«Sappi che questa opinione è vana,  
 Perchè più oltre navicar si puote,  
 Però che l'acqua in ogni parte è piana,  
 Benchè la Terra abbi forma di ruote;  
 Era più grossa allor la gente umana,  
 Tal che potrebbe arrossirne le gote  
 Ercule ancor, d'aver posti que' segni  
 Perchè più oltre passeranno i legni.

«E puossi andar giù nell'altro emisferio,  
 Però che al centro ogni cosa reprime:  
 Sicchè la Terra per divin misterio  
 Sospesa sta fra le stelle sublime;  
 E laggiù son città, castella, e imperio,  
 Ma no'l cognobbon quelle genti prime:  
 Vedi che il soi di camminar s'affretta,  
 Dove io ti dico, che laggiù s'aspetta.»

(2) «Los compañeros de Alejandro el grande, decia Plinio, *Historia natural*, lib. VI, cap. XXI, han escrito que la India era la tercera parte de toda la tierra.»

Ese doble error, que la historia de las ciencias ha llamado feliz, por los efectos que produjo, no podía ser reconocido sino por la experimentación. Un ilustre sabio francés del siglo último (D'Anville) explicaba este hecho en una fórmula tan verdadera como ingeniosa. «El mas grande de los errores de los jeógrafos antiguos, decia, ha producido en los tiempos modernos el mas grande de los descubrimientos jeográficos.»

Pero Colon no se contentó con la luz que arrojaban las doctrinas científicas. Circulaban entónces entre los armadores i jente de mar de las costas del Atlántico i de las islas vecinas, noticias vagas de viajes misteriosos emprendidos en diversos tiempos al occidente, i de tierras lejanas i desconocidas que habrían sido divisadas. Esas noticias inciertas i nebulosas, que, sin embargo, la investigación moderna ha certificado en parte, interesaban sobremanera a Cristóbal Colon. Segun el testimonio de su propio hijo, hallaba en ellas la confirmación de sus doctrinas cosmográficas, i le sirvieron para defenderlas i hacerlas triunfar.

Un jenio ménos sólido, un carácter ménos vigoroso i persistente, habria encontrado en esas doctrinas i en aquellas noticias la materia de disertaciones ingeniosas i teóricas, que le habrían permitido ganarse a sus teorías a los hombres ilustrados. Colon procedió de una manera mucho mas práctica. «Cuando hubo formulado su sistema, dice Washington Irving, ese sistema se grabó profundamente en su espíritu. Desde ese momento no experimentó ni duda ni vacilación. Hablaba de las tierras que pensaba descubrir, con tanta confianza como si las hubiera visto por sus propios ojos.» Él mismo se preparó

para ir a buscarlas con la certidumbre completa e inquebrantable de que debía hallarlas. Jamas hombre alguno puso tanta constancia en la elaboracion i en la ejecucion de una grande empresa, ni mostró mas fe i mas firmeza de alma para hacerla triunfar. Jamas un hombre de accion encontró mayores dificultades en su camino, ni tuvo que vencer mayores resistencias para poner en obra sus proyectos. Jamas un hombre de jenio realizó de una manera mas brillante el descubrimiento que tenia prometido.

Colon, sin embargo, no encontró en su vida la paz i la prosperidad a que sus grandes hechos lo hacian merecedor. Miéntras elaboró sus proyectos, tuvo que sopor-  
tar el desden del vulgo que no lo comprendia, i una cadena de angustias i de contrariedades que habrian doblgado a otra alma ménos fuerte. El aplauso que le atrajo su descubrimiento, no le procuró mas que un corto período de bienestar. Las injusticias de los hombres amargaron dolorosamente sus últimos años. Ellas, en cambio, han realzado su figura en la historia, i han dilatado el raudal de gloria que acompaña a su nombre en el fallo inapelable de la posteridad. «El jenio, dicen los moralistas, no reina mas que en el porvenir.» Colon, que fué uno de los mas grandes jénios del pasado, reina hoy en todos los pueblos de la tierra, porque todos gozan los beneficios de su portentoso descubrimiento.

